Me dispongo a la oración con estos textos

> El verdadero tesoro para un cristiano es el depósito sagrado de nuestra Fe. Esto vale más que todo el mundo, incluso la propia vida.
>
> Si el pobre es heredero directo del Evangelio y el pobre de espíritu es el poseedor del cielo, ¿cómo nos hemos puesto todos de acuerdo para echar a los cerdos estas palabras preciosas de nuestro tesoro, y llamar pobres a los miserables, y pobres de espíritu a los imbéciles? ¿Ni quién luchará para implantar en su corazón la virtud cristianísima y básica de la pobreza, si solamente oír esta palabra ya le horroriza?
>
> –**Guillermo Rovirosa**, O.C. T.V. 489.490

> El Reino de los cielos es lo contrario de las cosas superfluas que ofrece el mundo, es lo contrario de una vida banal: es un tesoro que renueva la vida todos los días y la expande hacia horizontes más amplios. De hecho, quien ha encontrado este tesoro tiene un corazón creativo y buscador, que no repite, sino que inventa, trazando y recorriendo caminos nuevos, que nos llevan a amar a Dios, a amar a los otros, a amarnos verdaderamente a nosotros mismos. El signo de aquellos que caminan en este camino del Reino es la creatividad, siempre buscando más. Y la creatividad es la que toma la vida y da la vida, y da, y da, y da... Siempre busca muchas maneras diferentes de dar la vida.
>
> –Francisco, *Ángelus,* 26 de julio de 2020

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Ni cosas superfluas, ni vida banal, sino un tesoro que renueva la vida todos los días. Esa es la vida que se nos regala, para que arda, para que ilumine. Una vida que agradecer, que merece la alegría vivir, aunque en ello nos vaya la vida.

Mi tesoro

He perseguido sueños vanos,
he comprado tesoros vacíos.
He querido aprisionar amores
y he cerrado con llave mi hogar,
para que no me lo invadan.
He vestido las dudas con falsas certezas
y he tratado de matar mis miedos cerrando los ojos,
pero al final vuelvo a estar
desnudo y temblando.
Hasta que, al encontrarte, todo cambia.

Tu evangelio es fuego que me enciende,
llamada, que me pone en camino,
tesoro por el que vendo todo,
y soy tan pobre y tan rico.
Tu palabra despierta la pasión.

Tu vida es lección
que me enseña a vivir,
a querer,
a saltar al vacío.
Contigo, los sueños son posibles,

los tesoros infinitos,
el amor eterno.
La puerta está abierta,
y el hogar repleto,

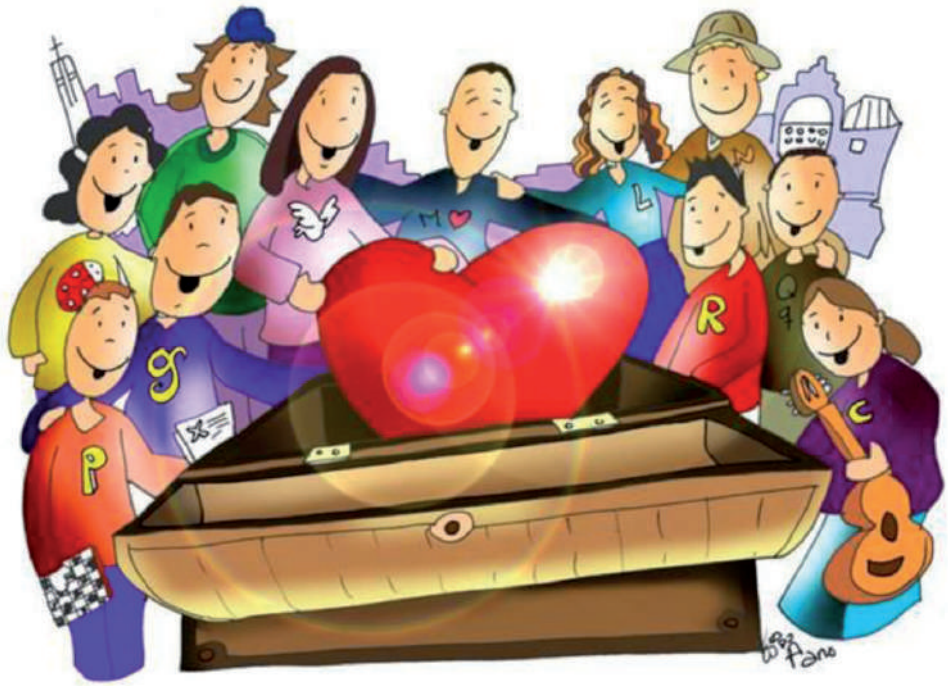
de momentos
de historias
de encuentros.

La fe arriesga,
y el miedo calla.
Me visto de Ti,
en mi debilidad tu fuerza,
y todo encaja...

(José María R. Olaizola, sj)

Hoy me dice LA PALABRA...

Lucas 12, 32-48. Vosotros estad preparados.



No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino. Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Tened ceñida vuestra cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los hombres que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame. Bienaventurados aquellos criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; en verdad os digo que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y, acercándose, les irá sirviendo. Y, si llega a la segunda vigilia o a la tercera y los encuentra así, bienaventurados ellos. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, velaría y no le dejaría abrir un boquete en casa. Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre».

Pedro le dijo: «Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?». Y el Señor dijo: «¿Quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para que reparta la ración de alimento a sus horas? Bienaventurado aquel

criado a quien su señor, al llegar, lo encuentre portándose así. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes. Pero si aquel criado dijere para sus adentros:

«Mi señor tarda en llegar», y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles. El criado que, conociendo la voluntad de su señor, no se prepara ni obra de acuerdo con su voluntad, recibirá muchos azotes; pero el que, sin conocerla, ha hecho algo digno de azotes, recibirá menos. Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará; al que mucho se le confió, más aún se le pedirá.

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

Empecemos con un canto, para entender de lo que hablamos. Depende de en qué lugar de la calle, en qué lugar de la vida nos situemos, podremos entender el texto de una manera u otra: como alegría y esperanza, o como agobio infinito. De entrada, diremos que esta segunda manera –la del agobio–, no es cristiana, porque nos empujará a poner nuestra confianza, nuestro corazón, nuestro tesoro, en las seguridades materiales que podemos procurarnos, normalmente de manera individualista, y haciendo caso omiso de las personas descartadas por este sistema, que mata. Esta manera agobiada de vivir nos lleva a idolatrar lo inhumano, y es la expresión de nuestra poca fe y confianza.

La otra, la de la alegría y la esperanza, la manera entrañablemente humana de vivir, que nos descubre la vida como un tesoro, porque en ella se hace carne el encuentro cotidiano con Cristo, al tocar la carne sufriente de las hermanas y hermanos; la del lado pobre de la vida, donde «el te necesito no avergüenza» y donde nace del alma el «muchas gracias», es un tesoro, que tenemos que desear, que buscar, que encontrar, y que atesorar como lo más preciado: el lado más sagradamente humano de la vida. Tan sagrado que es el quehacer de nuestra vida: humanizar la existencia, sagrada existencia, para hacerla cada día más don de Dios.

Esta manera humana de vivir es la que nos va despojando de tanto «tesoro» innecesario, de tanta envoltura superflua, de tanto proyecto de encumbramiento propio, para disponernos con alegría y esperanza a vivir dándonos, por amor, para que otros puedan vivir con dignidad. Y en esa entrega encontramos nuestro mayor tesoro: el amor de Dios que nos humaniza y nos diviniza.

El auténtico sentido de nuestra vida no está en el acaparar bienes, en el tener cosas, o tener prestigio (el «prestigio» militante también es una tentación que nos pudre), en conseguir alcanzar logros, sino en entregarnos por amor, en despojarnos para hacernos otro Cristo, en el compartir, en el luchar, en el sembrarnos para suscitar esperanza y vida digna. Está en situarnos en ese lado humano de la vida en que el Señor puede encontrarnos cada día cuando viene, cuando se nos acerca en las hermanas y hermanos, cuando se hace necesitado de nuestro amor.

La espera vigilante del retorno del Señor es la actitud discipular de la comunidad cristiana, y de quienes la integramos. Activamente vigilantes, aquí y ahora, en este momento de nuestra historia para descubrir, desvelar, y señalar los signos de su cercanía.

¿Dónde están realmente puestos mi tesoro y mi corazón?

Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

En Cristo mi confianza

Sea mi gozo el llanto,
sobresalto mi reposo,
mi sosiego doloroso
y mi bonanza el quebranto.

Entre borrascas mi amor
y mi regalo en la herida,
esté en la muerte mi vida
y en desprecios mi favor.

En Cristo mi confianza
y en su imitación mi holganza.
Mis tesoros en pobreza
y mi triunfo en pelear,
mi descanso en trabajar
y mi contento en tristeza.

En oscuridad mi luz,
mi grandeza en puesto bajo,
de mi camino el atajo
mi gloria sea la cruz.

(Teresa de Ávila)

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas…

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.